

La Oración

SEGUNDA REUNIÓN DEL
CONSEJO PLENARIO DE LA ORDEN

Taizè – Francia
del 19 febrero al 8 de marzo de 1973

CARTA DEL DEFINITORIO GENERAL A TODOS LOS HERMANOS

Amadísimos hermanos:

Queremos presentar a todos nuestros hermanos, mediante las presentes letras, las sugerencias y los deseos que el II Consejo Plenario de la Orden ha propuesto al Definitorio General.

El CPO, reunido en Taizè, en Francia, ha entablado reflexión sobre el espíritu, la vida y la práctica de la Oración en la Orden; día a día se fue haciendo más viva en los corazones de todos la invocación: "Señor, enséñanos a orar" (Lc. 11, 1).

Al impulso de esta invocación íntima nos hemos esforzado por acercarnos al Señor cada día más estrechamente, a fin de que El mismo, en medio de nosotros, fuera el Maestro de nuestra oración por medio de su Espíritu.

De este modo, mediante las experiencias íntimas, mediante las relaciones e informaciones que hemos escuchado, mediante el diálogo fraterno, mediante los contactos con las personas que viven en Taizè o se habían reunido para orar con nosotros, nos atrevemos a confiar que el mismo Maestro es quien nos ha enseñado lo que hallaréis en este documento en forma sintética. Recibidlo con corazón abierto, a fin de que también vosotros participéis de todo lo que el CPO ha experimentado intensamente como don del Espíritu Santo.

Ante todo, el Ministro general y los definidores reciben con fe y agradecimiento este documento y se proponen tenerlo muy en cuenta y sacar de él inspiración y orientaciones no sólo para su propia vida personal, sino también para el servicio pastoral para con los hermanos y las provincias.

Al ofrecer el documento a la Orden, pedimos encarecidamente a cada uno de los hermanos, a cada una de las fraternidades, que lo reciban con ánimo dispuesto, lo mediten individual y comunitariamente, traten de ponerlo en práctica. Exhortamos a los superiores que no anden demasiado vacilantes en renovar oportunamente las formas tradicionales de oración y en buscar otras nuevas y más adaptadas.

A nadie se le oculta la importancia vital de la oración ya que se trata nada menos que de la vida o muerte de nuestra fraternidad. De nada servirá todo lo que se haga por renovar la vida de la Orden según los principios del Vaticano II, el espíritu de San Francisco y los signos de los tiempos, si no nos renovamos a fondo en nuestra vida de Oración: "Si Dios no edifica la casa, en vano trabajan los que la construyen" (Sal 126, 1).

El tema de la Oración, como los temas del Consejo Plenario de Quito, es de tal importancia, que parece necesario volver a tratar de él en el próximo Capítulo general, aun con el fin de completar y perfeccionar más el texto de las Constituciones.

Ojala nuestra Orden crezca más y más en Cristo, que es "nuestra vida, oración y operación" (7), hasta la plenitud de su estatura (Ef 4, 13). 34

"Nada, pues, nos sea de obstáculo, nada nos detenga en el/ogro de que obre y se manifieste en nosotros y en nuestra fraternidad el Espíritu del Señor" (Const. 164).

Con sentimiento de afecto,

Fr. Pascual Rywalski, Min. Gen.

Fr. Guillermo Sghedoni, Vie. Gen.

Fr. Benedicto Frei, Def. Gen.

Fr. Buenaventura Marinelli, Def. Gen.

Fr. Luis Ward, Def. Gen.

Fr. C10vis Frainer, Def. Gen.

Fr. Optato Van Asseldonk, Def. Gen.

Fr. Juan Dovetta, Def. Gen.

Fr. Lázaro Iriarte, Def. Gen.

Taizé, 8 de marzo de 1973.

La Oración

1. Séanos permitido entablar un dialogo fraterno sobre el tema de la oración con los miembros de toda la fraternidad. Nos infunden confianza para hablar con vosotros con cordialidad fraterna las experiencias que hemos tenido todos juntos en el Consejo Plenario y las que hemos escuchado en las comunicaciones de los delegados.
2. El Consejo Plenario reunido en Quito se esforzó por descubrir nuestra identidad en la vida de fraternidad y de pobreza. Esta vez ha parecido interesaba grandemente profundizar, aquí en Taizè, en el espíritu, y en la vida y en la práctica de la oración, sin la cual no podemos ser ni verdaderos hermanos ni verdaderos pobres, y esto no en abstracto, sino en el contexto de la Iglesia y de la sociedad de nuestro tiempo, sujeto a tantos cambios.

I. La situación actual

3. De lo que nos han referido casi todos los delegados hemos sacado la conclusión de que existe entre un gran número de hermanos:
 - Verdadero deseo de orar.
 - Cierta tensión dinámica por lograr la unidad entre la acción y la oración.
 - Cierta ánimo para enfrentarse de manera constructiva con las ansiedades y las inquietudes.
 - Experiencias varias, y por cierto positivas, ya en curso.
 - Intentos de purificar la imagen de Dios y de renovar algunas formas de oración.
 - Una conciencia viva, sobre todo en los misioneros, de que una acertada solución del problema de la oración es para nosotros cuestión de vida o muerte.
4. Por otra parte, hemos hallado también que existen los siguientes impedimentos:
 - La inseguridad en la fe y la dificultad de entrar en comunicación con el Dios trascendente
 - La insuficiente preparación de muchos de nuestros hermanos para situarse en los cambios realizados en la Iglesia y en el mundo.
 - La separación entre el amor de Dios y el amor del prójimo, y por lo mismo entre la oración y la acción.
 - Un excesivo activismo, de un lado, y, de otro, una oración alienada de la realidad humana.
 - La falta de vida fraterna.

- El descuido en el empleo de los subsidios de la pedagogía y de la sana psicología.
 - El abandono de las formas antiguas de oración sin una renovación del espíritu de oración.
 - No haber atendido a la formación de los candidatos en la vida de oración y a la preparación de animadores de la misma.
5. Reconociendo la común responsabilidad, os ofrecemos las siguientes reflexiones sobre la oración con el fin de que podamos realizar cada día mejor nuestra vocación.

II. Espíritu y vida de oración

A.- La oración cristiana en general

6. Es necesario que la oración brote bajo el impulso del Espíritu, como respiración del amor, de la indigencia vital del corazón humano: el hombre no puede lograr su plenitud si no es saliendo del amor de si mismo y entrando en comunión con Dios y con los hombres en el Dios-Hombre Jesucristo.

En ese tránsito o éxodo hay quienes descubren a Dios mas en si mismo, mientras que otros lo descubren mejor en los hermanos (Mt. 25,35 ss.).

El itinerario del hombre hacia Dios, sujeto a alternativas felices y adversas, no de otra manera que la evolución de cualquier amor entre personas, será supeditado a las leyes del progreso vital.

Largo, aventurado y lleno de atractivo es el camino hacia la consecución de la integridad de la madurez humana en la libertad de los hijos de Dios "hasta que Cristo quede formado en nosotros" (Rom. 8, 22 s.; Gal. 4, 19).

7. Cristo mismo es nuestra vida, nuestra oración y nuestra operación. Vivimos verdaderamente a Cristo cuando amamos al Padre y a los hermanos. Oramos en su Espíritu y clamamos con corazón filial: "¡Abba-Padre!" (Rom. 8, 15; Gal 4,6).

Posee el Espíritu de Cristo quien permanece en su Cuerpo místico y, en su oración, nunca separa la Cabeza del Cuerpo, orando en el gremio de la Iglesia y buscando y amando a Cristo en la Iglesia.

8. El Padre se adelanta a amarnos (1 Jn. 4, 10) y nos habla en el Espíritu de su Hijo. Hemos de escucharle en un ambiente de silencio. Al dar nuestra respuesta mediante la fe, que obra por la caridad (Gal. 5, 6), entablamos dialogo filial con el Padre por Cristo en el Espíritu Santo (Const. n. 32).

9. La auténtica oración se reconoce por los frutos de vida. "En tanto se ora bien en cuanto se obra bien" (S. Fco. Leg. ant. 74). Cuando la oración y la operación

se hallan inspiradas por el mismo y único Espíritu del Señor, sin oponerse entre sí, mutuamente se completan (II Reg. 5 y 10; Const. n. 145).

10. El espíritu de oración, vivo de verdad, no puede menos de vitalizar y animar toda la vida concreta de los hermanos; por lo tanto, necesariamente renueva las formas tradicionales sanas y crea nuevas formas adaptadas.
11. Quien posee el espíritu de oración, halla tiempo para la misma. Quien no halla tiempo, es que no posee el espíritu de oración.
12. La letra o forma sin el espíritu es muerta. Pero el espíritu sin la letra o forma no puede vitalizar la vida del hombre. Somos personas humanas, en las que el espíritu se halla encarnado", hecho cuerpo.
13. La oración puede ser expresada no solo por medio de palabras, por formulas o ritos, sino también por medio de silencio, por diversas posiciones corporales, por acciones simbólicas y por signos, según el ejemplo de San Francisco.

B.- La oración Franciscana en especial

14. Hemos de orar como hermanos menores. Somos verdaderamente hermanos cuando nos reunimos en el nombre de Cristo, en mutua caridad, de forma que el Señor está realmente en medio de nosotros (Mt. 18, 20; Perf. Car. 15; Const. 11 y 72).

Somos, en efecto, verdaderamente menores, cuando vivimos en la pobreza y en la obediencia caritativa, en unión con Cristo pobre y crucificado, juntamente con los pobres. Nuestra oración debe ser ante el Señor el grito de los pobres, con quienes hemos de compartir su situación.

15. Sigamos y veneremos a la Virgen María, asociada a la pobreza y a la pasión de Cristo (Const. 39). Nunca separemos a la Madre del Hijo (Const. 1; 160; 174). Ella es la senda abierta que conduce a la consecución del Espíritu de Cristo pobre y crucificado.

16. Para que el misterio pascual de Cristo en la Eucaristía y en el Sacramento de la Penitencia pueda renovar de día en día nuestra vida, purifiquemos nuestra condición de pecadores por la compunción del corazón (Leg. Maior V,8).

Perseverando asiduamente en la oración, a pesar del tedio, y venciendo la resistencia de nuestro egoísmo, es como nos unimos con la voluntad del Padre anteponiéndola a la nuestra (Mt. 26, 29 y 42; Lc. 22, 44). Quien ora sólo cuando se siente con ganas, hace de la oración un instrumento de su propia santificación. Hay que tener presente que la oración tiene que ser un acto de amor auténtico.

Viviendo a Cristo crucificado, llevemos a la oración las dificultades de cada día, las arideces, las preocupaciones, los sufrimientos de la vida; aceptándolas por amor reproduciremos en nosotros la imagen del Hijo (Rom. 8, 29). Así es como viviremos y anunciaremos a los hombres la conversión o penitencia evangélica (Const. 87, 88 y 90).

17. Nuestra oración es más bien "afectiva", u oración del corazón, que nos lleva a una experiencia íntima con Dios.
18. Al contemplar a Dios, sumo Bien, de quien procede todo bien, ha de brotar de nuestros corazones la adoración, la acción de gracias, la admiración y la alabanza.
- Llenos de gozo pascual, viendo a Cristo en todas las criaturas, vayamos por el mundo entonando alabanzas e invitando a los hombres a alabar al Padre, hechos testigos de su amor en nuestra vida fraterna, en la oración y en el apostolado (I Reg. 21-23; Cántico de las Criaturas; Espejo Perf. 100; Const. 32).
- Hemos de orar en todo tiempo en espíritu y en verdad, con puro corazón y mente pura, ya que ésta es la única oración que agrada a Dios (Jn. 4, 24; II Reg. 16; 1 Carta de San Francisco).
19. La oración ha de tornar como base, ante todo, la Sagrada Escritura y la atención vigilante al Espíritu que habla en la Iglesia, en los signos de los tiempos, en la vida de los hombres y en nuestro corazón (Const. 32). Una fuente particular de nuestra oración constituyen los escritos de San Francisco, juntamente con las Constituciones; es nuestro deseo que cada hermano los tenga a mano.
20. El espíritu de oración y la promoción de la oración, sobre todo interior, en el pueblo de Dios, fue carisma peculiar de nuestra fraternidad capuchina ya desde los comienzos. Y la historia demuestra que ello fue siempre germen de genuina renovación.

III. Práctica de la oración

A.- Oración individual

21. Recogiendo las experiencias de los hermanos y las informaciones de los delegados, proponemos cuanto sigue a la reflexión común.
22. Cada uno de los hermanos orando en espíritu y en verdad, abandónese confiadamente a la "divina inspiración" con libertad evangélica. Por eso es conforme a nuestra manera de ser poniendo a salvo la unidad de espíritu y de la vida de oración en cada fraternidad fomentar el pluralismo en lo que se refiere a las formas tradicionales renovadas oportunamente (v. gr., el ejercicio del Via Crucis, del Corazón de Jesús, Rosario de la Virgen María) ya las nuevas formas que han de crearse con criterio de adaptación.
23. Una fraternidad orante marcha bien cuando los hermanos se sienten recíprocamente responsables en el impulso de la vida de oración. Pero son los superiores quienes principalmente han de ser los animadores de la vida de

oración, ya que a ellos corresponde proporcionar a los hermanos espíritu y vida con el ejemplo y con la doctrina (Const. 147).

24. En todas partes experimentan los hermanos la necesidad de formar animadores de vida espiritual y de oración, con el fin de que puedan ayudar de manera especial a nuestras fraternidades y a toda la familia franciscana, como también a los fieles.
25. Toda fraternidad ha de ser de verdad fraternidad orante. Para mejor lograrlo es útil promover las fraternidades de retiro y de contemplación, siempre que se haga con criterios sanos. Es lo que ya se está llevando a cabo con éxito en algunas provincias (De religiosa habitacione in eremo; Consto 62; CPO Quito, II B, 20).
26. Es urgente formar la conciencia de la necesidad personal de orar. Cada uno de los hermanos, esté donde esté, ha de tomarse tiempo suficiente cada día para la oración individual, por ejemplo, una hora entera. Esta necesidad vital la experimentan muchos de nuestros hermanos, sobre todo misioneros.
27. Para ser atraídos a la oración de una manera vital y orgánica, es preciso que nos formemos, ante todo, como personas humanas y cristianas. Para ello no dejan de tener utilidad los nuevos métodos de reflexión.
28. Corresponde a todos los hermanos el cuidado de crear un clima de silencio, apto para la oración, comprometiéndose de común acuerdo a hacer uso con moderación, y en espíritu de mutua comprensión, de los medios de comunicación social (Const. 43 y 77).
29. Cuando un hermano ve que, por el excesivo trabajo, no puede hallar tiempo suficiente para la oración, puede, mas aun debe, recurrir a los ministros (II Reg 10; Const. 157).
30. En la vida moderna, sujeta a muchas tensiones, con frecuencia resulta difícil mantener el ritmo cotidiano de oración; por lo tanto, será muy conveniente que cada hermano, y aun cada fraternidad, sin debilitar el ritmo diario, se procure tiempos fuertes de retiro (Ev. Testif 35).

B.- Oración comunitaria

31. La experiencia humana presenta una doble dimensión: la individual y la comunitaria. De aquí que la oración individual y la comunitaria se integren recíprocamente. Cuánto más intensa sea la oración individual, tanto más viva será la participación en la oración comunitaria. La una no puede sustituir a la otra; más bien la una alimenta a la otra. Si por cierto tiempo se da a una de ellas la preferencia, no por eso ha de ser abandonada la otra.
32. Una fraternidad en la cual no se hace habitualmente la oración comunitaria no puede llamarse fraternidad cristiana, y menos franciscana. Cuando un hermano está ausente en forma habitual de dicha oración, la misma fraternidad ha de

sentir preocupación por él en cuanto de ella dependa (Const. 94 y 95; CPO Quito, II A, 10).

33. Es verdadera oración comunitaria aquella en que todos participan de hecho y en que la verdadera hermandad viene expresada en la confianza, comprensión y caridad recíproca (Const. 73). A este efecto pueden ser útiles, conforme a nuestra tradición, los coloquios espirituales, la comunicación de experiencias, la reflexión evangélica participada, las celebraciones comunitarias de la penitencia y de la palabra, la revisión de vida y otros medios parecidos (Admon. 21; Const. 1536 n. 03; Const. 149).

34. La fraternidad local debe interpelarse a sí misma en los capítulos, sobre la oración comunitaria e individual de los hermanos.

35. Siendo la vida fraterna la condición primaria y fundamental para un desarrollo normal de nuestra vocación franciscana, allí donde los hermanos se ven obligados a vivir solo, reúnanse al menos periódicamente para participar en la vida fraterna y en la oración (C.P.O. Quito, II A, 8; Const. 80)

Muy acertadamente los hermanos, sobre todo misioneros, que no pueden llevar una vida comunitaria, van logrando formar la fraternidad orante con sus colaboradores y con los demás fieles.

C.- Oración litúrgica

36. La Liturgia de las Horas, siendo como es oración propia de la Iglesia, ocupa el primer lugar, juntamente con la Eucaristía, en cada fraternidad y en la vida de cada uno de los hermanos (II Reg. 3; Testamento; II Epist. S. Francisco).

La celebración de la Liturgia de las Horas ha de ser activa y viva, de vez en cuando cantada, seleccionando a este fin los salmos, los cánticos y las lecturas, y añadiendo oraciones espontáneas (Instit. gen. Lit. Hor. 244-52).

Se ha de evitar el peligro de reducirla a un mero movimiento mecánico de nuestros labios (Const. 38). Ciertos intervalos más o menos prolongados de silencio ayudan mucho a que la Liturgia de las Horas se haga más consciente y tenga mayor eficacia (Instr. Gen. Lit. Hor. 201-3).

En muchos lugares los hermanos la celebran juntamente con los fieles, con gran provecho.

37. El sacrificio eucarístico, en el cual el mismo Cristo celebra con su Cuerpo, que es la Iglesia, el misterio pascual, ha de ser verdadero banquete de amor y vínculo de unidad. Ha de llegar a ser más y más el centro vital de toda la vida de los hermanos.

Es muy de recomendar la liturgia eucarística en común, sobre todo concelebrada, como fuente y cumbre de nuestra vida fraterna (Const. 35). Allí donde no sea posible la celebración comunitaria diaria téngase al menos periódicamente y tomen parte realmente en ella todos los hermanos (Analecta OFM Cap. 88, 1972; 262-264).

38. Será muy conveniente, como lo enseña la experiencia, que en cada fraternidad sea designado un hermano o una comisión para la preparación de las celebraciones litúrgicas, a fin de que se vayan renovando de día en día de manera vital. Asimismo ha de cultivarse la fidelidad a las leyes litúrgicas y la creatividad y espontaneidad en conformidad con el espíritu de las mismas (Instit. Gen. Lit... 46, 47 et passim). Corresponde al capítulo local determinar, en concreto, el tiempo y las modalidades (Const. 37).
39. Mantengamos asiduo diálogo con Cristo Jesús Eucarístico, nuestro Sacerdote y Hermano primogénito, realmente presente, el cual nos estrecha en la unidad con Él y con los hermanos (Rom. 8, 29; Presb. Ord. 18; Const. 36 y 40), comunicando a la Liturgia una eficacia continuada. La señal de que nuestro culto eucarístico es auténtico la tenemos en el esfuerzo por vivir a Cristo y por servirlo en los hermanos, en los pobres y en los enfermos.

CONCLUSIÓN

40. Son de gran importancia para nosotros los hermanos que se dan constantemente a la oración "en espíritu y en verdad", y de manera especial los enfermos, que, participando en los padecimientos de Cristo, dan vigor a nuestra vida.

Por estos y por los demás bienes damos gracias a Dios.

Más de las faltas y limitaciones, que sinceramente reconocemos, pedimos perdón, implorando con todos los hermanos "el espíritu de la santa oración y devoción..., al que las demás cosas temporales deben servir" (II Reg. 5).

41. Finalmente, hermanos, estamos convencidos de que la vida de oración no se ha de renovar con palabras, sino con hechos. Echemos mano, ya desde ahora, sin esperar a más tarde, a esta obra con ánimo generoso, todos a una, cada hermano y cada fraternidad, en la realidad concreta en que se hallan, "atendiendo a que sobre todas las cosas debemos desear tener el espíritu del Señor y su santa operación, orar siempre a Él con puro corazón ..." (II Reg. 10).

Taizè, 8 de marzo de 1973